

Artículo de divulgación

El discurso integracionista del siglo XIX como referente de construcción de una identidad cultural nuestroamericana

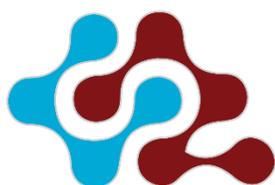
Fabiola Velasco Pérez^{1*} 

¹ Fundación Instituto de Estudios Avanzados (IDEA), Caracas, Venezuela.

Resumen

Concretar una identidad nuestroamericana es una de esas acciones pendientes dentro de la problemática de integración de las naciones de habla hispana del continente americano. Preguntarnos ¿qué somos?, ¿cómo nos vemos?, ¿cómo nos sentimos?, ¿cómo nos identificamos los unos con los otros?, a partir de la interpretación histórica de los procesos de construcción de la identidad dentro de la diversidad, podría orientar una visión “otra” de este problema, fundamentado sobre la base del pensamiento crítico impulsado por el grupo modernidad/colonialidad en busca de un giro descolonial en el discurso del reconocimiento y conocimiento del patrimonio cultural nuestroamericano “otro”, como categoría epistémica emergente, en lo que Walter Mignolo califica como el “paradigma otro”. Esta exploración crítica-documental, forma parte del progreso investigativo de la autora de este ensayo, llamado “Patrimonio cultural nuestroamericano otro, un constructo para la integración latinoamericana y caribeña”, que lleva adelante desde el programa de Ciencias de la Conservación de la Fundación Instituto de Estudios Avanzados (IDEA). En esta oportunidad, las reflexiones, se hacen a partir del análisis de la Carta de Jamaica escrita por Simón Bolívar en 1815 y Nuestra América, de José Martí redactada el 1891, con el sentido de entender como lo que visualizamos como nuestra identidad se ha racionalizado en buena medida, a partir de los discursos independentistas e integracionistas del siglo XIX, con una concepción marcadamente eurocéntrica moderna, que sin haberlo idealizado en su origen, se hace indiscutible que definieron parte la esencia de ser, sentir y existir como latinoamericanos y/o caribeños.

Palabras clave: Identidad; patrimonio cultural; nuestra América; memoria; integración



CIENCIA EN REVOLUCIÓN

Recibido: 15 de mayo del 2023

Aceptado: 23 de mayo del 2023

Publicado: 12 de septiembre del 2023

Conflicto de intereses: los autores declaran que no existen conflictos de intereses.

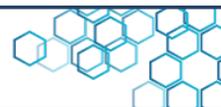
DOI: <https://www.doi.org/10.5281/zenodo.8335610>

***Autor para**

correspondencia: Fabiola Velasco Pérez

e-mail:

fabiolavelascop.aula@gm ail.com



Dissemination article

The integrationist discourse of the nineteenth century as a reference for the construction of a cultural identity of our America

Fabiola Velasco Pérez^{1*} 

¹ Fundación Instituto de Estudios Avanzados (IDEA), Caracas, Venezuela.

Abstract

Concretizing an American identity of ours is one of those pending actions within the problem of integration of the Spanish-speaking nations of the American continent. Ask ourselves what we are?, how do we see ourselves?, how do we feel?, how do we identify with each other?, from the historical interpretation of the processes of construction of identity within diversity, it could guide an "other" vision of this problem, based on the critical thinking promoted by the Modernity/Coloniality group in search of a decolonial turn in the discourse of recognition and knowledge of the cultural heritage of our American "Other", as an emerging epistemic category, in what Walter Mignolo calls the "other paradigm." This critical documentary exploration is part of the research progress of the author of this essay, called "Cultural heritage our American other, a construct for Latin American and Caribbean integration", which she carries out from the Conservation Sciences program of the Institute for Advanced Studies Foundation (IDEA). On this occasion, the reflections are made from the analysis of the Letter of Jamaica written by Simón Bolívar in 1815 and Our America, by José Martí written in 1891, with the sense of understanding how what we visualize as our identity has been rationalized to a large extent, from the independence and integrationist discourses of the nineteenth century, with a markedly modern Eurocentric conception, which without having idealized it in its origin, it becomes indisputable that they defined part the sense of being, feeling and existing as Latin Americans and / or Caribbeans.

Keywords: Identity; cultural heritage; our America; memory; integration



Received: May 15, 2023

Accepted: May 23, 2023

Published: September 12, 2023

Conflict of interest: the authors declare that there are no conflicts of interest.

DOI: <https://www.doi.org/10.5281/zenodo.8335610>

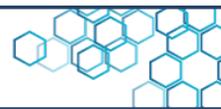
***Corresponding author:**

Fabiola Velasco Pérez

e-mail:

fabiolavelascop.aula@gmail.com

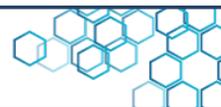
ail.com



1. Preámbulo

Es interesante enmarcar que las reflexiones que a continuación se van a expresar, suscitan como parte de la visualización de la problemática de la integración del sur del continente americano, a partir de la identidad como designio, donde los dos textos analizados, la Carta de Jamaica escrita por Simón Bolívar [1] en 1815 y Nuestra América, de José Martí [2] redactada en 1891, son contenidos cruciales de la historia continental, que describen y sancionan realidades políticas, culturales y sociales, que sirven para analizar los procesos e intentos integracionistas, que aún hoy en día no han concluido.

En este sentido, desde la lectura del texto: “La estrategia suramericana ante el nuevo orden mundial: La integración suramericana y defensa del patrimonio mundial y natural de la región” de Giovanni Márquez [3], como referente teórico de construcción dialéctica sobre los sentires y convicciones que él mismo expresa en su obra, esta visión histórica que se ensaya, puede coadyuvar a entender una fracción de la temática integracionista, que como lo señala: “Existe una raíz común vista desde una perspectiva cultural regional, fundamentada en la identidad y la memoria de los pueblos suramericanos que se conectan irremisiblemente (...)” Más adelante en el mismo texto, en cita de Báez en el 2008 [4], nos indican que la “identidad es inseparable de la enunciación de la cultura”, para entonces preguntar “¿Cuál es la identidad de América Latina? Y responde: lo que dice su memoria, no lo que aprueban sus olvidos” [3].

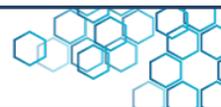
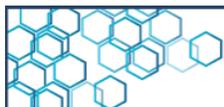


2. Arquitectura histórica de la identidad nuestroamericana

Dentro de los procesos históricos de un grupo social específico, la identidad cultural juega un papel importante, en la manera que esta agrupa los rasgos comunes que le dan un sentido de pertenencia y de reconocimiento entre pares. Es así como se propone entender que la identidad es un diseño, que se construye en el tiempo con un propósito e intenciones específicas. Además, como nos afirma Molano [5], “la identidad no es un proceso fijo, si no que se recrea individual y colectivamente, y se alimenta de forma continua de la influencia exterior”, por lo tanto, en este sentido se puede también considerar que “la identidad cultural de un pueblo viene construida, históricamente a través de múltiples aspectos en los que se plasma su cultura” [6].

Pensar en la idea que la identidad es modelada dentro de la dinámica de los procesos históricos que configuran las culturas, es entenderla desde otra perspectiva. En este sentido la propuesta del sociólogo chileno Larraín [7], afirma que “(...) el proceso de construcción de la identidad cultural debe entenderse como uno que no se detiene ni puede detenerse en alguna etapa histórica privilegiada. Se debe entender como un proceso discursivo que permite una variedad de versiones” y concepciones, donde la histórica puede lograr una comprensión más inclusiva de nuestra identidad, siempre y cuando “no esconda la diversidad cultural del continente” [7].

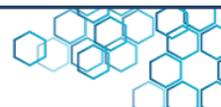
Es así como este mismo autor, nos propone la idea que “existe una cierta secuencia histórica en la construcción de la identidad cultural latinoamericana”, que se revelan en cuatro períodos de crisis histórica,



y se dice “crisis”, porque afirma que para entrar al tema de discusión sobre identidad es necesario que la misma entre en inestabilidad, en amenaza “al modo de vida tradicional” [7].

De este modo los períodos históricos identificados, según Larraín [7] son: 1) años críticos de la conquista invasora y la colonización, donde los pueblos naturales del continente pierden su libertad y su sentido de identidad original y definitivamente una nueva matriz cultural empieza, donde el indígena es “un otro” inferior en la visión del invasor; 2) la crisis de la independencia y período de la construcción de los estados nacionales a principios del siglo XIX, donde el impacto de la ilustración y el pensamiento racionalista moderno, realiza nuevas definiciones; 3) en el marco de la crisis de las guerras mundiales a principios del siglo XX, con el deterioro de la oligarquía de los terratenientes y la movilización de las clases medias y obreras que desafían el orden establecido y 4) a partir de la crisis de los años 70 del siglo XX que condujeron a golpes militares en varios países del Sur y del fracaso de los regímenes populistas, que condujeron al neoliberalismo de los 80 y 90, sin dejar afuera el orden de la globalidad dominado por la comunicación de masas, las tecnologías de información y comunicación, como también el intercambio acelerado de información que surge a partir del dominio de las llamadas redes sociales, posesionadas con más fuerza en lo que va de este siglo XXI.

En consecuencia, para poder orientar la intención de este análisis y sostener la importancia del pensamiento integracionista americano del siglo XIX, como uno de los posibles puntos de partida de construcción de una identidad nuestra, se resume lo siguiente:

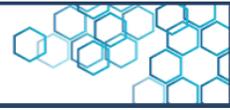
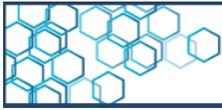


“No cabe duda que la primera síntesis cultural producida en el encuentro original entre indios y españoles es muy importante, pero eliminó totalmente las diferencias culturales entre varios grupos étnicos, ni ha permanecido igual, al sufrir numerosas transformaciones, siendo el impacto del pensamiento ilustrado desde los tiempos de la independencia quizás la más importante” [7].

Es así como este ensayo se orienta en sustraer de la prosa de la Carta de Jamaica [1] y Nuestra América [2], algunas ideas que apunten hacia la caracterización de rasgos de una identidad nuestroamericana, modelada a partir del impacto de la usurpación del territorio por el imperio español en el siglo XVI, pero que en la época de “crisis” independentista, se ve conmovida con el propósito de fundamentar las acciones pertinentes de la liberación de nuestros pueblos.

Para ello es preciso tener en cuenta, aunque sea sucintamente, el contexto de crisis histórica que las definió, durante la larga empresa independentista en contra de la metrópoli, regida por el imperio español. Este importante período fue precedido por la independencia de Estados Unidos (1776) y por el pensamiento racional ilustrado, emergente a partir de la revolución francesa (1789), hechos históricos ambos, de gran impacto y referentes para lo que fue la idealización de los 20 actos de emancipación germinados durante el siglo XIX en nuestra América, siendo el primero en el de Haití en 1804 y el último en de Cuba en 1898, es decir un siglo de luchas y de construcción de Estados naciones soberanas.

En otro orden de ideas, se debe entender que la modernidad se trasladó como pensamiento hegemónico al territorio americano, siendo parte también del proceso de colonización, aún hoy día manifiesto. Para reforzar

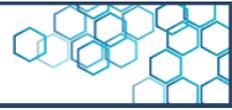
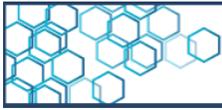


esta idea, es justo apoyarnos en lo que afirma Quijano [8] y Dussel [9] del grupo modernidad / colonialidad, en obra citada por Mignolo [10], en su crítica al eurocentrismo, donde sostiene que “la superioridad que es asignada al pensamiento europeo (...) fue un aspecto importante de la colonialidad del poder en el sistema mundo”, que se instala en América desde el siglo XVI y que en el siglo XIX continúa dominando bajo los preceptos epistémicos de la modernidad, propiciando todo un movimiento independentista, que modifica el discurso de poder en su esencia humanística, entre otros.

3. La visión, el sueño y el ideal de la Patria Grande

El sueño de la Patria Grande, el gran sueño de Bolívar, sancionado en la Carta de Jamaica (1815), también fue ideal de integración en la mente visionaria de Francisco de Miranda, a finales del siglo XVIII. Más adelante, en tiempo, a finales del siglo XIX, surge de la prosa sedosa de José Martí el significado y esencia de “Nuestra América”, con mirada renovada en sentimiento de “lo nuestro”. Aunque en esta oportunidad solo será referencia la Carta de Jamaica de Bolívar (1815) [1] y Nuestra América de Martí (1891) [2], para la construcción de una posible representación de identidad nuestroamericana, es imprescindible, aunque sea breve, hacer mención al pensamiento de Miranda como precursor de este constructo dentro de su discurso integracionista:

“Miranda configura una visión particular de América (Colombia) en la que se evidencia por vez primera, la existencia de una identidad histórica y cultural que entrelaza a todos los pueblos iberoamericanos,

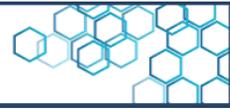
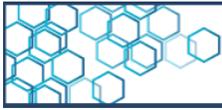


los cuales pertenecían para el final del siglo de las luces, al corroído imperio español. La identidad cultural representaba entonces, un tipo de unidad simbólica y material entre pueblos que compartían una misma circunstancia política e histórica. Por lo tanto, cualquier respuesta de emancipación debía adelantarse de manera mancomunada, en razón de mantener la fortaleza que proporcionaba la unidad en sí misma” [11].

Del discurso Mirandino, que bien analiza la historiadora Carmen Bohórquez [12] en su texto “Francisco de Miranda, precursor de las independencias de América Latina”, esta autora precisa que “tanto Miranda como para los ideólogos posteriores”, el problema esencial de identidad, “será siempre el de la constitución del sujeto histórico del discurso emancipador y, en consecuencia, de la legitimación misma de la Independencia”. Aunque no se llega a definir exactamente las características de este sujeto histórico, queda claro que: “el mestizaje parece mostrarse como la respuesta más adecuada al problema de identidad, (...)” [12], en conjunto con el imaginario religioso y el lenguaje como componentes de unión de la sociedad nuestra americana de su época.

Dentro de esa atmosfera política y social, ya estimulada por Miranda, Bolívar inicia su lucha por la emancipación, dentro de un continente movido por la fuerza profunda de cambios, absorbida por las corrientes del pensamiento moderno. “Martí, por su parte, fue continuador de esa propuesta continental” [13].

En relación a las corrientes del pensamiento, Locke, Voltaire, Montesquieu y Rousseau, entre otros, serían las lecturas de Miranda, Bolívar y Martí, cada uno en su tiempo. Estos pensadores son para la

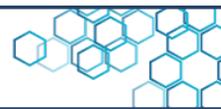


época los arquitectos de un modelo de sociedad basada en principios y valores tales como: la igualdad, justicia, solidaridad y libertad, preámbulo de las democracias modernas [11], pero también forman parte del sistema de valores que fueron construyendo una identidad cultural de carácter espiritual, redefinidos a través de una lengua común, de una particularidad en las relaciones sociales y en la religiosidad.

4. El discurso de la Carta de Jamaica y Nuestra América: designios de identidad

Esta propuesta de futuro, en la que se configuró La Carta de Jamaica, aunque inicialmente fuese solamente una respuesta a Henry Cullen, “un caballero de la isla”, fechada 6 de septiembre de 1815, contiene dentro de ella significados múltiples. No solo concibe la independencia de las naciones hispanoamericanas, sino también su unidad política. “Su proyecto consistía en el logro de la autonomía” [13].

Visualiza el continente como un solo país, “tan inmenso, variado y desconocido como el Nuevo Mundo” [1], aunque el mismo Bolívar reconoce que no posee la suficiente información para describirlo en un todo: “El mismo barón de Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud” [1]. Es atrayente iniciar la lectura de la carta, a través del reconocimiento del territorio como destino de la identidad, porque a partir de este se empieza a configurar una cultura, aunque esta sea trasladada de Europa y forcejada con las culturas ancestrales que tendían para el

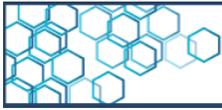


momento a desaparecer. El resultado cultural sobre esta tierra fue un producto único, que bien Martí lo interpreta:

“Éramos una visión con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar a sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvió, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza” [2].

Este conjunto oprobioso que describe Martí, desglosa una suma de características impuestas como un laberinto de virtudes y vergüenzas a la vez, que configuran la complejidad de una identidad extendida desde su origen.

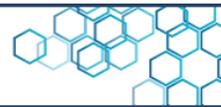
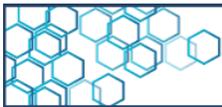
En ese presentir la suerte futura del “Nuevo Mundo”, Bolívar visualiza también una imagen de lo que pudiéramos ser: “Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil” [1]. En esta mirada la identidad se ve representada como una experiencia nueva, única porque se relaciona a la idea de cultura eurocentrista y se mide en el tiempo de la llamada historia universal, aunque más adelante se señala la presencia del indio a quienes los reconoce como los legítimos amos de estas tierras, pero con ciertas connotaciones poco precisas:



“(…) no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el lugar que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así, así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado, (...)” [1].

Se refleja en el discurso, con pesar, que la identidad ya viene con una carga negativa, con incertidumbre para definirla, por lo que se puede traducir que es una identidad sujeta a un proceso de transculturación, que bien define Malinowski [14], en la introducción del libro de Fernando Ortiz (1983), Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar [15], donde explica que, la transculturación "es un proceso en el cual siempre se da algo a cambio de lo que se recibe; es un «toma y daca» (...)”, lo que para el caso de lo que describe Bolívar [1] en su carta es un hecho, al afirmar que somos una especie media, en “un proceso en el cual emerge una nueva realidad, compuesta y compleja; una realidad que no es una aglomeración mecánica de caracteres, ni siquiera un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente.”, lo que Bolívar para el caso, diagnóstica como una situación extraordinaria y compleja.

Más adelante, Bolívar en su utópica sociedad futura, dentro de la idea de integración de las naciones y sus territorios considera que “un estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia (...)” [1], por lo que su propuesta reivindica la división territorial, en estados independientes. Esta visión fragmentada del territorio anula la idea de una sola nación y de una sola identidad cultural. De este pensamiento surge entonces la configuración de la



Gran Colombia, que fue visto por Bolívar como la cristalización del sueño integracionista, en una porción de la América hispana:

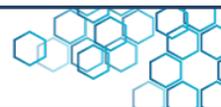
“La Nueva Granada se unirá a Venezuela si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, (...). Posee un clima puro y saludable, (...). Los salvajes que la habitan serían civilizados y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Goajira. Esta nación se llamaría Colombia como tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que en lugar de un rey habrá un poder ejecutivo (...)” [1].

Pero a la vez se muestra, como señala Bohórquez [11], en sus estudios sobre Miranda, que existe una ambigüedad del pensamiento, donde Bolívar al igual que Miranda, aceptan la existencia del Nuevo Mundo a partir de la apropiación del continente por parte de las colonias europeas, así como rasgos de identidad valorados sobre exactitudes foráneas.

“(...) valoriza el hecho del descubrimiento, y, por lo tanto, el hecho de la creación de América por parte de España. Pero esa, es una ambigüedad que constituirá un problema que ni la generación de Miranda ni la de Bolívar, estarán en capacidad de resolver completamente” [12].

En todo caso en el discurso de la Carta de Jamaica se refleja la denuncia al orden establecido, a la subordinación en la que han vivido los pueblos de América y como parte de una sentencia, Bolívar propone:

“Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que



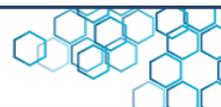
confederase los diferentes estados que hayan de formarse; más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América” [1].

Hibridación, mestizaje y transculturación resumen el sentido de reconocer un origen común de la cultura de la metrópoli como dominante, pero que, a través de visiones de origen local, que configura una cultura diversa. Como lo puede suscribir, Rincón y Vega en su ensayo “La identidad Nuestroamericana: origen ideológico y perspectivas” [13]:

“José Martí, al igual que Bolívar, formuló un proyecto latinoamericano, “Nuestra América”, su ensayo, guarda paralelismo con la Carta de Jamaica de Bolívar, al insistir en la necesidad de un pensamiento propio. Consideraba que las ideas que llegaban del exterior eran provechosas, siempre que no se las inscribiera en la realidad latinoamericana como una copia al carbón; enfatizando en lo imprescindible de la originalidad (...) Planteaba, así, la autenticidad como el primer deber del ser latinoamericano. En este sentido, era fundamental un cambio de actitud, una manera distinta de ver y sentir nuestro mundo, para lograr la revolución” [13].

El llamado de Martí es mucho más preciso en reflejar la necesidad de construir un cambio en busca de elementos propios que defina el “que somos”, visto desde adentro, desde el hombre natural como él lo llamó:

“Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza.



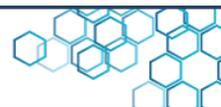
(...) Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, venimos denodados, al mundo de las naciones” [2].

En este sentido, se encuentra en el discurso de Martí otro ánimo, que acrecienta la necesidad de construir una identidad a partir de nosotros mismos, de nuestra propia realidad y con orgullo. “Usar el aporte de otras latitudes no para repetirlo mecánicamente, sino para ahondar en nuestra propia identidad es la exigencia insistente de Martí; (...) tanto en el campo de las ciencias, de las letras y de las artes” [16]. Entonces directamente en la prosa de Martí se puede concretar que:

“(…), el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada sólo con sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas, y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. (...) No hay odio de razas, porque no hay razas (...), la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color” [2].

Identidad universal, la igualdad dentro de la diversidad, es el constructo propuesto por Martí, considerado como “trabajo pionero en torno a la creación de las condiciones históricas para que el pueblo latinoamericano tomara conciencia de su derecho a ser libre y a tener una identidad propia” [13].

Dentro de esta misma espiral de resistencia y de autodeterminación encontramos sumados los derechos de entender nuestra identidad cultural, con la premura que ya Martí [2] invocaba, “Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos (...)” Es fundamental entendernos, sentirnos hijos de nuestra América. Reconocernos latinoamericanos, hispanoamericanos,



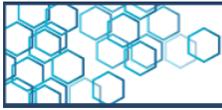
iberoamericanos, caribeños, afroamericanos o simplemente americanos, todos de una misma tierra sin límites virtuales, de frontera abierta a la suerte de las bondades y características del territorio, es un asunto pendiente en la reivindicación de la problemática de la integración.

Volviendo al camino de la historicidad de la identidad nuestroamericana, Larraín a través de su interpretación del discurso de Pedro Morandé argumenta que, para entender la síntesis cultural nacida, no solo basta entender la dialéctica del amo y del esclavo como ruptura original de esta, si no que sostiene:

“La tesis es, entonces, que América Latina sufre desde su independencia una ruptura cultural: su verdadera identidad no es reconocida por sus propias élites, y el modelo racional iluminista adoptado por ellas no es sólo enteramente diferente, sino que también totalmente opuesto a su verdadera identidad (...)” [7].

Como nos advierte Morandé, a través de Larraín, la verdadera “identidad cultural latinoamericana es fundamentalmente antimoderna” [7], porque se constituyó antes que la modernidad ilustrada asimilada por las élites del siglo XIX, utilizara la razón como un asunto de vanguardia. En este sentido en el discurso de Martí encontramos dos elementos fundamentales que se oponen a esta idea de sumisión ante la modernidad del XIX, como lo es el tema de los valores, específicamente el referido a la vergüenza:

“Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan al Tortoní, de sorbetes. ¡Esos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crio,

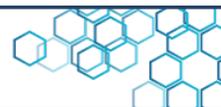
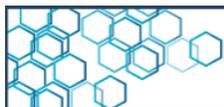


y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, ¡y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿El que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean (...) maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? (...)” [2].

Por otro parte deja claro que el orgullo, como otro valor fundamental, refuerza la identidad nuestra americana como la clave del triunfo de la libertad de los pueblos:

“(…) ¿Ni en que patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? (...)” [2].

Los discursos de Bolívar y Martí, precipitan la crisis de los patrones culturales, se enfrentan con realidades de dominio hegemónico, por Europa a principios del siglo XIX, influenciado por la religión y el racismo, y por Estados Unidos a finales del mismo siglo dominado por las nuevas ideas en la razón y el liberalismo donde “América Latina tenía que ser civilizada y sus rasgos culturales atrasados y bárbaros erradicados” [7], bajo la premisa del “orden y progreso” como una nueva forma de coloniaje que subyace en el inconsciente del ser nuestro americano.



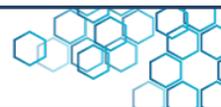
5. Nuevos diseños: nuevas dinámicas reconstruivas de una identidad nuestroamericana

El tiempo presente nos exige un pensamiento renovado e innovador, desde la reflexibilidad profunda del conocimiento, para esto Márquez [3] nos dice:

“He conseguido deducir que solo conociéndonos podemos pensar nuestras relaciones sociales y de allí estructurar un conjunto de rasgos que permitan distinguir entre: lo que nos pertenece y es externo, es decir, definir lo que forma parte y lo que no forma, para elaborar un concepto central y orientar fuerzas, procedimientos y recursos cooperantes y estructurar plan de acciones de supervivencia colectiva en la región suramericana, así como precisar las amenazas y obstáculos con el fin de fortalecer técnica y teóricamente robustecer con argumentos y fundamentos epistemológicos y jurídicos para la conservación del gran plan suramericano integracionista para la defensa y protección del patrimonio cultural y natural de la región”.

Desaprender para aprender será lo justo y necesario para vislumbrar la idea de una identidad nuestroamericana renovada o mejor conceptualizada, que rompa con la concepción que se tiene de ello desde el pensamiento moderno, que como ya se ha sugerido consolida su concepción a partir de los discursos integracionista del siglo XIX.

Ahora, el siglo XXI, se ha trazado algunos retos como el de redimensionar la relación entre sujeto-territorio y una de las corrientes más innovadoras en pensamiento es el del Grupo

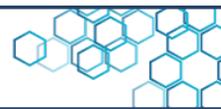


Modernidad/Colonialidad, igualmente conocido como proyecto descolonial, proyecto de la modernidad-colonialidad o más problemáticamente, como teoría post occidental. En este sentido esta base epistemológica emergente desde la década de los años 70 del siglo pasado, constituye una excepcional expresión de la teoría crítica contemporánea estrechamente relacionado con las tradiciones de las ciencias sociales y humanidades de América Latina y el Caribe.

Como lo presentan los profesores Restrepo y Cabrera en su curso de la cátedra Florestán Fernandes, Pensamiento decolonial: teoría y crítica desde América Latina [17], esta teoría es oportuna en la formulación de una crítica a la integración de nuestros pueblos:

“(…) dado su profundo poder de crítica a los paradigmas dominantes al proponer otros principios de inteligibilidad de la historia y del presente, de las jerarquías naturalizadas de los conocimientos, de los silenciamientos constitutivos de las narrativas y tecnologías de intervención modernas, de las corporalidades, subjetividades y agencias. Este proyecto constituye una naciente perspectiva analítica para comprender de otros modos algunas de las problemáticas que enfrenta América Latina y el Caribe como la globalización (colonial), la corporativización de las políticas e instituciones de producción, distribución y recepción de conocimientos dominantes en las ciencias sociales, las articulaciones de los imaginarios y acciones colectivas que trasciende las formaciones nacionales”.

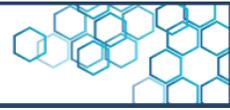
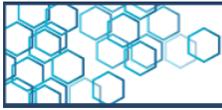
En este sentido, en la investigación que adelanta la autora de este ensayo, se pretende iniciar la construcción de categorías epistémicas emergentes que tal vez puedan otorgarle a esta propuesta una “identidad latinoamericana otra”, dentro de lo que Mignolo [18], califica



como el “paradigma otro”, es decir, “la diversidad (y diversalidad) de formas críticas de pensamiento analítico y de proyectos futuros, asentados sobre las historias y experiencias marcadas por la colonialidad más que por aquellas, dominantes hasta ahora, asentadas sobre las historias y experiencias de la modernidad”.

El horizonte se vislumbra con una diversidad grandiosa, con la necesidad de entretelar sus relaciones de encuentro y sus caminos paralelos. A su vez de poder construir una “identidad nuestroamericana otra”, a partir de las bases históricas precedentes y sobre la base de las realidades culturales comunes y no comunes, dentro de una nueva escala de valores, que sin vergüenza y con orgullo, se reconozca una diversidad consensuada como parte de un logro más que se suma a las metas idealizadas de la integración de los países latinoamericanos y caribeños, reconocidos como fuerzas de emancipación y soberanía territorial.

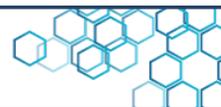
Preguntarse y repreguntarse: ¿qué somos?, ¿cómo nos vemos?, ¿cómo nos sentimos?, ¿cómo nos identificamos los unos con los otros?, a partir de la interpretación histórica de los procesos de construcción de la identidad dentro de la “diversalidad”, es el desafío que se espera prescribir durante este período histórico que toca construir durante este siglo XXI emergente, llamado a emprender los cambios necesarios que demanda nuestra América.



4. Conclusiones

Entre los discursos integracionistas de la Carta de Jamaica (1815) y Nuestra América (1891) transcurren 76 años, entre la concepción de uno con respecto al otro, espacio-tiempo histórico donde se logra la independencia de la mayoría de las naciones hispanohablantes del continente americano. Durante este lapso, que es el recorrer prácticamente de todo el siglo XIX, cada nación emancipada continúa su prolegomeno histórico casi de manera independiente, lo que da paso a versiones reencarnadas de una identidad en proceso continuo de reedición, a partir de una historia común, como lo fue la invasión del territorio desde del siglo XVI y la transculturación de lo propio originario. Igualmente, las historias locales, durante este período seguirán siendo colonizadas desde el pensamiento moderno, por lo que en el sujeto histórico dueño de una identidad nuestro americano, presume de una carga significativa de esta forma de pensamiento hegemónico, que se refleja en estos discursos encarnados con ideas de libertad e identidad.

La Carta de Jamaica de Bolívar [1], se enfoca en un ideario por cumplir, como lo fue la gesta independentista y Nuestra América de Martí [2], es una reflexión sobre lo alcanzado de esta emancipación geopolítica nuevamente amenazada por el imperio del Norte. Ambas propiciaron el legado de construcción del sujeto histórico nuestroamericano, que continúa emancipado, que une a los habitantes de nuestra América, a través de una lengua que, aunque no siendo originaria del territorio, se reconoce como el principal factor común reconocimiento, por lo que

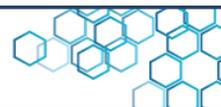


representa en el tema de la identidad, una herramienta vital de comunicación, entendimiento y reconocimiento.

Mantenemos un eje común construido por la historia, la lengua y los sentires. Nos divide un territorio, por su variabilidad de paisajes, geomorfología y climas. Nos une la cultura hegemónica colonizadora, nos hace diferentes la variedad y riqueza de las culturas ancestrales de los pueblos originarios de esta América y las importadas de las tierras hermanas de África.

América crece con el signo de la opresión, del desprecio por lo que era, con la imposición de culturas ajenas. Categorías como latinoamericano, hispanoamericano, iberoamericano, panamericano, afroamericano, han sido utilizadas para definir lo nuestroamericano. Cada una tiene una connotación específica con el objeto de individualizar lo que somos, y por lo general términos usados de forma peyorativa, para descalificar nuestra esencia de origen, transformación y realidad objetiva de una cultura que se muestra poderosa en el sentido mismo de su existencia a través de la resistencia y la resiliencia, como virtudes de conservar la mixtura de cada uno de los rasgos culturales que integran el sentimiento de identidad de una porción del continente Americano de habla española.

Buscar el referente de nuestra americanidad en el origen y en el transcurrir de su historicidad, forma parte del derecho de entender y construir una identidad propia, que le puede otorgar al ser social la reconstrucción de una escala de valores sociales y personales que le den el verdadero sentido de pertenencia a su vida. Por lo tanto, la pregunta no solo queda con la intención de responder ¿qué somos?, sino también en definir o construir ¿qué es lo que queremos ser?,



donde el pasado es la reserva de los saberes y el futuro el proyecto por construir.

El referente de la identidad nuestroamericana “otra”, no debe ser ubicada en oposición de lo “nuestro” a “ellos” o a los “otros”, que posee identidades no tanto diferentes que como diversas, es decir lo “nuestro” dentro de una renovada “otra” concepción histórica de la identidad cultural, que como dice Larraín, no “esconda la diversidad cultural del continente” [7].

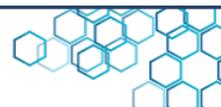
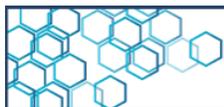
La identidad nuestroamericana está y estará en constante proceso de construcción y reconstrucción, por lo que los referentes históricos de la modernidad, como común denominador, serán el sustrato de nuevos paradigmas emergentes que reconozcan la identidad “otra”.

Para no dejar de deleitarnos de la prosa de Martí, no remitimos al cierre de su documento, Nuestra América, donde nos dice que “pensar es servir”:

“¡Porque ya suena el himno unánime; la generación actual lleva a cuentas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, ¡la semilla de la América nueva!” [2].

5. Referencias

[1] Bolívar S. Carta de Jamaica. Comisión Presidencial para la conmemoración del bicentenario de la Carta de Jamaica. República



Bolivariana de Venezuela: Colección Unidad Nuestra americana. 1815 - 2015.

[2] Martí J. Nuestra América. República Bolivariana de Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho. 1891 - 2005.

[3] Márquez G. La estrategia suramericana ante el nuevo orden mundial: La integración suramericana y defensa del patrimonio mundial cultural y natural de la región. Ediciones Astro Data. 2020.

[4] Báez F. El saqueo cultural de América latina. De la colonización a la globalización. Colección Debate. Editorial Melvin, C.A. Venezuela. 2008.

[5] Molano O. Identidad cultural un concepto que evoluciona. Revista Ópera. 2007; 69-84.

[6] Varas IG. Patrimonio cultural. Ediciones Cátedras; 2000.

[7] Larraín J. La identidad latinoamericana. Teoría e Historia. Revista Estudios Públicos.; 55: 1994, 31-64.

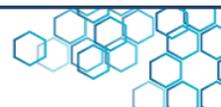
[8] Quijano A. Colonialidad y Modernidad/Racionalidad. En Heraclio Bonilla (comp.). Los conquistados. 1492 y la población indígena de las Américas. Quito: Libri Mundi, Tercer Mundo. Perú Indígena, Vol. 13, n° 29; p. 11-20. 1992.

[9] Dussel E. Siete ensayos de filosofía de la liberación. Hacia una fundamentación del giro descolonial. Colección Estructuras y Procesos. Serie Filosofía. Editorial Trotta. Madrid. 2020. <https://books.google.co.ve/books?hl=es&lr=&id=UIfTDwAAQBAJ&oi=fnd&pg=PT2&dq=giro+decolonial+dussel+pdf&ots=OSCgMAiv5B&sig=VNBMA-oUWsieXUEzg5lxpS9BxU8#v=onepage&q&f=false>

[10] Mignolo W. El pensamiento des-colonial, desprendimiento y apertura: un manifiesto. *Revista Telar* ISSN 1668-3633, (6), 2007; 7-38.

[11] Villasmil J; Berbesi, L. La unidad americana en el discurso Mirandino. *Ensayos Históricas*. 2009; 21(21).

[12] Bohórquez C. Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de América Latina [Internet]. Caracas: El Perro y la Rana Ediciones. 2006.



- [13] Rincón L; Vega, H. La identidad Nuestroamericana: origen ideológico y perspectivas. Revista de estudios latinoamericanos. Tierras de Nuestra América.; 25(47). 2009.
- [14] Malinowski B. La transculturación, su vocablo y su concepto. Revista Bimestre Cubana. 1940; 46(2).
- [15] Ortiz F. Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar: Advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación. Ediciones Catedra S.A; 2002.
- [16] Mora A. La identidad de Nuestra América. Heredia: Cuadernos Prometeo/EUNA. 2001.
- [17] Restrepo E. Cabrera, M. Pensamiento decolonial: teoría crítica desde América Latina [Internet]. 2007. Disponible en: [www.ram-wan.net/restrepo/.../antropologia% 20](http://www.ram-wan.net/restrepo/.../antropologia%20)
- [18] Mignolo W. Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo. La Villa y Corte de Madrid, España: Ediciones Akal; 2003.